

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario entró en el obispado de Tlaxcalla y en la provincia del Santo Evangelio, y de una provisión que le notificaron”

p. 55-57

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

pero fue causa muy principal para que se hiciesen los disparates que se hicieron, como adelante se verá. Sabido esto, así de paso y sumariamente, será bien volver a proseguir el viaje del padre comisario que quedaba en el pueblo de Tecolatlán o de Los Kúes.

[CAPÍTULO LXVI]

*De cómo el padre comisario entró en el obispado de Tlaxcalla
y en la provincia del Santo Evangelio, y de
una provisión que le notificaron*

Sábado veintisiete de septiembre partió el padre comisario muy de madrugada de Los Kúes, y caminando con una luna muy clara y tiempo muy apacible y andadas cinco leguas de buen camino, en que se pasan algunos arroyos, llegó a decir misa al pueblo de Cutzcatlán, del obispado de Tlaxcalla, donde fue muy bien recibido de los indios y del clérigo beneficiado y se le hizo mucha caridad y regalo en casa del mismo clérigo, en la cual a la ida se había aposentado, como atrás queda dicho.

Poco antes de llegar a aquel pueblo salió al encuentro al padre comisario uno de los dos frailes que habían ido a México con sus recados desde Guatemala, el cual se había escapado del convento de San Francisco de aquella ciudad, y dio relación del mal hospedaje y peor tratamiento que a él y a su compañero habían hecho en México, como ya queda referido, y de otras muchas cosas que por evitar prolijidad no se ponen aquí, todo lo cual pareció después ser cierto y verdadero. Aquella misma tarde partió el padre comisario de Cutzcatlán con un sol recísimo, y andada como media legua, en que se pasa un arroyo, encontró un receptor de la Audiencia de México, acompañado de muchos españoles, el cual allí en el campo, a la sombra de uno de los árboles llamados órganos, le leyó y notificó una real provisión de la real Audiencia, en que se le encargaba que no entrase en ningún pueblo ni convento de la provincia del Santo Evangelio, y que si hubiese entrado saliese luego incontinentemente, atentó a que era informada que so color de ir a la provincia de Michoacán quería irse a la sobredicha del Santo Evangelio, con que no cesaban los inconvenientes; y que demás desto no citase ni llamase a ningún religioso della, ni en ella hiciese con los religiosos della aucto ninguno tocante a su comisión, sino que la dejase en el estado que estaba, no innovando cosa ninguna. Ésta fue la respuesta del virrey y oidores a lo que el padre comisario les envió a pedir desde

Guatemala, como queda dicho, y éste fue el auxilio y favor que le hicieron para hacer su oficio en Michoacán, y éste fue el recibimiento y refresco que halló en lo del Santo Evangelio de México, después de haber andado ochocientas leguas de caminos tan ásperos y trabajosos, llenos de tantos peligros y de dificultades tan grandes como queda referido; y desto sirvieron las fiestas, regalos y presentes del provincial y de los frailes sus secuales, los cuales dieron a entender en esto y en lo demás que hicieron y negociaron, que su principal intento y lo que principalmente pretendían, era no tener superior ni prelado general que los pudiera corregir e ir a la mano cuando se ofreciese necesidad.

Para responder el padre comisario general a aquella provisión volvió al pueblo de Cutzcatlán y lo que respondió fue que él iba a la provincia de Michoacán a hacer en ella su oficio, y que forzosamente había de pasar por la del Santo Evangelio, por no saber ni haber otro paso, y que para poder hacer en ella el dicho su oficio tenía pedido favor y ayuda y de nuevo le pedía. Respondido esto, quedándose allí el receptor fingiendo que tenía un negocio que hacer en aquel pueblo, partió dél el padre comisario aquella misma tarde en prosecución de su viaje a Michoacán, y pasado el arroyo sobredicho y un pueblo llamado San Pedro, llegó, andadas tres leguas, a otro llamado San Sebastián, de la guardianía de Tehuacán, donde halló al guardián y se le hizo muy buen recibimiento, con muchas fiestas de danzas y bailes y música de flautas, trompetas y campanas. Acudieron luego algunos indios con presentes de aves, y descansó allí el padre comisario aquella noche.

Domingo veintiocho de septiembre, dejando allí un fraile que dijese misa a los indios, partió el padre comisario luego en amaneciendo de aquel lugar, y pasando por otro, media legua de allí, llamado Santa Catalina, llegó a otro mayor otra media legua más adelante llamado San Francisco, un poco apartado del camino real, donde asimesmo se le hizo gran fiesta y fue muy bien recibido; son estos dos pueblos de la guardianía de Tehuacán. Dijo misa el padre comisario en este último, después le dieron de comer y descansó allí hasta la tarde. Aquella misma tarde, acompañado del gobernador y principales de Tehuacán, salió el padre comisario de aquel pueblo, y pasados algunos arroyuelos con que los indios riegan sus milpas y andadas tres leguas, llegó al pueblo y convento de Tehuacán, donde fue solemnísimamente recibido. Hubo en todas aquellas tres leguas gran polvareda, que daba mucha pesadumbre a todos, pero todo se llevaba con contento y se daba por bien empleado, viendo la rara devoción de aquellos indios, porque de los pueblos que están apartados del camino real a la una banda y a la otra, que son muchos, salían indios trompeteros, los cuales fueron tañendo sin cesar todas aquellas tres leguas, porque cuando

unos acababan comenzaban otros, y cuando cesaban éstos tocaban otros y luego otros y otros. Cada pueblo tenía hecha en el mismo camino real una gran ramada, y en ella un altar, y junto al altar una mesa en la cual había muchos ramilletes y flores y mucha bebida de cacao para todos los que querían beber, de los que iban y cada momento se juntaban con el padre comisario, y aun en algunas ramadas tenían vino para el mismo efecto, y en todo muchos indios e indias vestidas de pascua, con danzas y bailes a su modo y a la castellana. Poquito antes de llegar a Tehuacán estaba una ramada muy grande, mayor que ninguna de las otras, y en ella tenía una india, principal y rica, aderezada mucha de aquella bebida de cacao y vino para todos los que quisiesen beber, y ella misma lo escanciaba y repartía; finalmente entró el padre comisario en Tehuacán con tan gran acompañamiento de gente de aquella guardianía, y con tanta música, danzas y bailes, que era para alabar a Dios ver tanta y tan particular devoción. Descansó allí mismo aquel día y el siguiente, que fue la fiesta de San Miguel, y en entrambos días acudieron de aquel pueblo y de todos los demás de la guardianía con muchos presentes de gallinas, pollos, membrillos, granadas, uvas y pan, y algunas botas de vino, con tanto amor y devoción que parecía que los movía Dios a todos a hacer aquello, en tiempo y a sazón que por otra parte aun de sus mismos hermanos y súbditos se le daba ocasión y materia de pesadumbre, haciéndole la resistencia que se ha visto, y echándole de su provincia; venían los pueblos por sí, y los cofrades por sí, cada uno con su ofrenda, y muchos particulares principales y no principales, hombres y mujeres, hacían lo mismo con un contento, alegría y amor extraño.

[CAPÍTULO LXVII]

De cómo el padre comisario prosiguió su viaje a Michoacán, por Cuernavaca, hasta salir al valle de Toluca, donde se le notificó otra segunda provisión

Martes treinta de septiembre, llevando en su compañía el padre comisario a su secretario y a fray Antonio de Villareal solamente, y dejando en Tehuacán a los otros dos frailes y a otros que se le habían juntado de los que venían de Guatemala, salió de aquel lugar y convento muy de madrugada, y andadas seis leguas de buen camino en que luego en saliendo se pasa un arroyo, llegó temprano a decir misa al pueblo de Tlacotepec,